

IV Semana sin Humo (año 2003)

2º accésit, del Departamento de Salud

Autora: M^a Pilar Arroyo Aniés

(si se publica, deseo dedicarlo a los niños del Colegio “Virgen Blanca” de Huarte y a sus profesores que vienen colaborando con interés y preciosas ideas en la “Semana sin Humo”)

“UN PUEBLO SIN HUMO”

Doña Teresa cerraba la escuela a la hora del mediodía. En estos días primaverales se agradecía el corte de la jornada para pasear al sol un rato antes de comer y reincorporarse a las clases. Los chavales estaban ya cansados del curso y las buenas temperaturas terminaban por alterar el clima ambiental. ¡Qué revueltos estaban!. ¡Qué ganas de vacaciones!

En ello iba pensando, cuando oyó sonar un claxon varias veces. Se volvió para mirar quién necesitaba hacerse notar así o a quién iban dirigidos los bocinazos.

- ¡Hombre, Josexo, qué formas!. Si el médico hace esto, es difícil hacer sentar en estos chavales las normas de urbanidad y buenas costumbres...
- Perdona, doña Teresa, venía a verle y no quería que se me escapase. Ya sé que llego algo tarde, en este trabajo es difícil saber cuando va a acabar uno. La escuela se cierra a una hora pero nosotros...
- Venga, venga, no te quejes. Yo también tengo lo mío. Dime, ¿para qué querías verme?.
- Bueno, pues verá, no sé cómo empezar. Llevo varios días dando vueltas a una idea y quería ver qué le parecía.
- Tengo prisa, pero suelta ya. Me tienes intrigada.
- Si quiere vengo otro rato, aunque no lo puedo dejar para muy adelante.
- Verá, dentro de dos semanas se celebra la que llaman la “Semana sin humo”. Ya sabe, la Organización Mundial de la Salud quiere concienciar a la población de los riesgos del tabaco y asigna unos días para recordar el tema de forma intensiva. Ya habrá visto los carteles en algunos centros y si se pasa por el consultorio también encontrará anuncios al respecto animando a dejar de fumar.
- A mí no me tienes que concienciar. Ya sabes que a mi padre le amputaron un pié y que mi hermano falleció de cáncer de pulmón. Bastante sé qué hace el maldito tabaco. Yo lo cobraría a doblón, así se tuviesen que dejar la vida antes para pagarlo...
- No se ponga así. No pretendo recordárselo a usted, ni me parece que tengamos que asustar a la gente con esas consecuencias. Lo que yo querría es que mis pacientes tomasen conciencia de su hábito, de su dependencia y, sobre todo, que se planteasen dejarlo. En fin, he pensado que sería bueno trabajar el tema con los niños de su escuela para que el mensaje vaya calando. Mire, tengo estos folletos y pegatinas con ideas que podrían servir de punto de partida para algún trabajo o

dibujo de los chavales, que lo hablasen en clase, en casa, que llevarsen el mensaje con ellos a su entorno.

Doña Teresa miró el material y pensó: “otro montón de panfletos para tratar en la escuela”. Nada quedaba ahora fuera de ella, como si sólo lo que en clase se hacía educase a los pequeños. Miró ahora a Josetxo, era difícil negarse ante su expresión esperanzada. Era lógico también que, dada su juventud, se plantease que la experiencia de ella le valdría de apoyo...Y cedió:

- De acuerdo, dáme eso, yo me encargo de pasárselo en clase.
- No, protestó él con suavidad. Yo había pensado venir personalmente algún rato a comentarlos y ver qué sale de ellos.
- Pues, mira, en eso no estoy tan de acuerdo. Yo planifico las materias a tratar cada día y cada semana y sabré mejor cual es el momento más adecuado para exponerlos...Ya has dicho antes de tu dificultad para estar a una hora...
- ¡Mujer!, parece mejor unir nuestro trabajo. Que vean cooperación entre nosotros dos, que defendemos la misma idea, un mensaje único.
- Ya te he dicho que tenía prisa. Si quieres que se trabaje el tema en clase, déjalo de mi cuenta. Dáme esos folletos y yo me encargo. Dicho esto, cogió el paquete de las manos del frustrado Josetxo y comenzó a andar. Se volvió un momento para hacer un gesto a modo de despedida y se alejó.

El médico estaba hecho un lío. No tenía claro si eso sería lo adecuado. Tal vez hubiera sido mejor dar el material en las consultas, como decía la enfermera..Por otro lado, había dejado iniciada una vía para el conocimiento y reflexión de los chavales. En cualquier caso, ya no podía cambiarlo.

Dando vueltas a lo sucedido se subió al coche y regresó a casa. Cuando se trataba de salirse de la esfera asistencial no era fácil llevar las cosas a cabo como las había visto hacer durante su etapa de formación.

.....
Habían pasado diez días desde el encuentro con el *galeno*. En la escuela se dejaban notar los efectos de un día caluroso y, a esa hora de la tarde, no había forma de conseguir centrar la atención de la clase.

De repente, a Doña Teresa le vino a la memoria el material recogido del médico. La presentación era muy cuidada en formas y colores y desde luego estaba hecha para el público infanto-juvenil...¿Y si probase a tratar ahora el tema?. Suponía un cambio y posiblemente les motivaría a prestar atención. Comenzó a ordenar los folletos por contenido: Sin Humo, Respira aire sano, Por tu salud, ..en cada uno los dibujos y los fondos eran atractivos.

“Ahora se decía todo con mucho eufemismo –pensó- posiblemente se conseguía tan poco de los chavales por eso...”

Levantó la vista, sin darse cuenta se había hecho el silencio en clase. Los alumnos la miraban extrañados al ver qué sacaba de aquel paquete e iba amontonando sobre la mesa.

- ¿Qué pasa?, ¿queréis que os diga lo que pone en estas hojas? .
- Claro, contesto un chaval desde la última fila. Desde aquí no se ve nada.
- Pues se trata de información sobre el tabaco y el daño que se puede evitar si no se fuma.
- ¡Toma, ya!. No será tan malo, cuando los mayores fuman casi todos, dijo el hijo de Pedro, el dueño del bar.
- Sí, contestó la maestra. Así les va.
- Pues mi padre dice que, si le hiciese mal, para ratos podría subir y bajar los sacos de leña que baja a la bodega...

- Elenita terció: mi madre dice que no se nota al principio.
- Si no te tragas el humo no te hace daño, sugirió Laura, que con once años comenzaba a afirmar su preadolescencia.

Enseguida volvió a subir el tono de la clase. Todos tenían alguna cosa que decir, las ideas bullían en el ambiente...

Tenía que aprovechar el momento, las opiniones vertidas habían estimulado su deseo de prevención y prohibición a todo trance. Dejó a un lado el material, los miró concentrada y comenzó a hablar. Al principio con mesura, como pensando cada idea, y poco a poco con vehemencia. Las palabras se atropellaban por salir y referir las nefastas consecuencias del tabaco, en los que fumaban y en los que tenían alrededor, sin ahorrar detalle. Tal y como ella había conocido por sus antecedentes familiares y algún otro caso leído...

El timbre que señalaba el final de la jornada los sorprendió a todos. Las muchachas y muchachos se miraron algo incrédulos de haber seguido la exposición tan atentos. Se levantó un murmullo, vaciaron los pupitres y fueron saliendo, despidiéndose de su profesora hasta el día siguiente.

Teresa, por su parte, recogió lo extendido y fue a beber un poco de agua. Sentía la boca seca y todavía estaba sobrecogida por su propio relato... Después de todo, no había dicho ninguna mentira. La realidad no era tan dulce como parecía desprenderse de la propaganda contraria al tabaco.

.....

Era una mañana de Mayo y nada parecía hacerla diferente de las demás, pero a Doña Teresa no se le escapó el grupo de hombres protestando en la parada del autobús. Tampoco el desasosiego de la Señora Lupe delante de la puerta de su Estanco con unos pocos clientes a la espera de que abriese. Por delante del bar de Pedro, varios parroquianos – de esos de primera hora de la mañana- salían quejosos por vaya usted a saber qué.. Desde luego el pueblo estaba alterado.

Se dirigió a la escuela. Los alumnos esperaban fuera. No estaban jugando al fútbol ni hacían demasiado alboroto, como era habitual. También ellos parecían encontrar más gusto en los corrillos y la cháchara en esta ocasión.

Entraron todos, un buenos días casi unísono la sorprendió. Se sentaron en sus pupitres y esperaron su orden de inicio.. Realmente extraño, pensó. No le encontraba explicación, pero no iba a demandarla cuando su mayor deseo era tenerlos así de calmados para desarrollar la clase según tenía pensado.

Más tarde, durante el recreo, la maestra aprovechaba para comprar el pan y relacionarse un poco con el resto de la población.

Aquel día encontró a las mujeres haciendo la compra con un tema de conversación: en las casas no había forma de encontrar mecheros ni cerillas ¡ni las cajetillas de tabaco!. Entró un hombre y comentó que lo de la máquina de tabaco del bar y lo del estanco era todavía más extraño: habían colocado cera y obturado las cerraduras y la hendidura para echar las monedas. Se tardó casi una hora en limpiarlas, con el consiguiente desespero de los dueños y de los fumadores.

Ahora se explicaba las malas caras y la inquietud de la mañana.

Volvió al trabajo. Una idea comenzaba a abrirse luz en su cabeza. No podría saber si era cierta hasta llegar a clase. Se apresuró y, de nuevo, encontró el mismo panorama de grupos y cuchicheos.

Entraron y su mirada escrutó el rostro detrás de cada pupitre. Ellos bajaban la vista uno tras otro y, a hurtadillas, controlaban donde se dirigía el ojo de la profesora y cómo respondía el afectado. Por fin se decidió:

- Bien, creo que hoy pasa algo que vosotros sabéis pero yo, no. ¿Alguno va a ponerme al corriente?.

Miró a Pedro, que enrojeció y procuró que sus ojos -y con ellos todo su cuerpo- desaparecieran por debajo del pupitre.

Las gemelas intercalaron miradas de complicidad y se sonrieron. Doña Teresa aprovechó el momento y llamó a una de ellas:

- Rosa, ven.

La niña, se estremeció y avanzó hasta la profesora.

- ¿Me contarás tú lo sucedido?.

- Pero, yo,..yo no sé de qué me habla.

- Sabéis que tengo poca paciencia y que menos la van a tener en vuestras casas...

Consiguió lo que esperaba. Varios niños levantaron la vista y miraron a Rosa como implorando que no les delatase pero, a la vez, la hacían depositaria de su confianza de que la respuesta que lanzase permitiese que las faltas fuesen consideradas leves.

- Veo que preferís que llame a cada uno de vuestros padres...

- No, dijo por fin la niña. No hemos querido hacer mal -tragó saliva antes de continuar y miró a todos-. Tras oírle hablar a usted del tabaco pensamos que para que en casa no fumasen la única forma era impedir el acceso a las cajetillas o a poder encender los cigarros.

- Nos pareció que el nuestro podía ser “un pueblo sin humo”, continuó su gemela.

- Queríamos colaborar a tener un ambiente más sano, como decía usted..y entonces, cada uno hizo un plan para su casa, lo comentamos y decidimos hacerlo en común. Lo del Estanco y la máquina del bar se les ocurrió a mis hermanos mayores cuando les comenté la idea, añadió María, la hija del alcalde.

Doña Teresa no daba crédito a lo que oía. Si las familias sabían lo comentado en clase -y seguro que lo sabrían- pronto los tendría sobre ella. Por otro lado, la intención de los pequeños no podía ser sino elogiada.

Decidió enviar a Rosa a su sitio y poner a todos a trabajar. Una redacción sobre los proyectos de las próximas vacaciones de verano le pareció que abriría un paréntesis en el ánimo de todos y ella pensaría qué hacer para salir airosa de la prueba. Su reputación estaba en entredicho.

Acabadas las clases, todos esperaban el veredicto de la profesora. No les dijo nada. Cerró la escuela y decidió acercarse al Ayuntamiento, a hablar con Manuel, el alcalde, y explicar lo sucedido.

Al verla entrar, Manuel se dirigió hacia ella.

- Estaba pensando en usted, en ir a verla y comentar algo de lo que ha pasado hoy en este pueblo. Los chavales han comentado en casa lo que les dijo sobre el tabaco y algunos padres la culpan de los desaguisados ocurridos. Supongo que está al tanto...

- Vengo dispuesta a dar las explicaciones necesarias a usted y a los padres que lo deseen. Los niños han tomado tal interés en evitar los riesgos en sus hogares y en el pueblo en general que se han tomado literalmente la justicia por su mano.

Se despidieron con miradas de comprensión. Es impredecible lo que un niño puede hacer por los que quiere, si está convencido de ello. Sin duda era una llamada de reflexión a los mayores.

Por la tarde, algunas caras reflejaban los efectos de la discusión en casa. Especialmente María estaba huraña y silenciosa.

La maestra abordó el tema sin dilación:

- ¿Qué os parece si comentamos lo que ha pasado hoy?. ¿Qué pensáis sobre vuestra actuación?. Podéis decir en casa que yo tengo alguna explicación sobre lo sucedido.

Los rostros se relajaron, al menos por ese lado no venían mal dadas.

- ..Pero, que os sirva de lección: no podéis decidir por los demás. Cada cual debe decidir qué quiere hacer, con su vida y con su salud. Mis comentarios iban dirigidos a vosotros, a concienciaros de los riesgos del tabaco desde ahora.

.....
Volvía a casa. La semana había terminado mejor de lo esperable. De pronto se sobresaltó. Un sonriente Josetxo se aproximaba por el otro lado de la calle y le devolvió a su reciente pesadilla.

Sus miradas se cruzaron. La de él expresaba satisfacción. En la de ella pugnaban por salir sentimientos encontrados: el efecto de su mensaje y los resultados de la tan deseada campaña sanitaria contra el tabaco, el exceso de celo de los chavales, el malestar vivido en el pueblo,..Pero tendría que confesar que no utilizó sus materiales y eso no le gustaría, la culpabilizaría del fracaso...

- Buenas tardes maestra, venía a invitarle a un café a la salida de su jornada laboral. Se lo merece.

¿A qué venía esto?. ¿Se había enterado?. ¿Tendría que aguantar sus chanzas?.

Sus dudas se disiparon al oír en la boca del médico:

- Esta semana han venido cuatro personas a pedirnos que les ayudemos a dejar de fumar y otros varios a por algún folleto para ver cómo pueden conseguirlo. Todo gracias a usted. Ya veo que para conseguir resultados hay que acudir a un profesional.

Teresa calló. Sonrió y pensó para sus adentros: ‘Normal, lleva una muchos años dedicada a la educación de los chavales’, pero en su lugar dijo:

- Te acompaño, me vendrá bien ese café. Es una buena forma de comenzar el fin de semana.